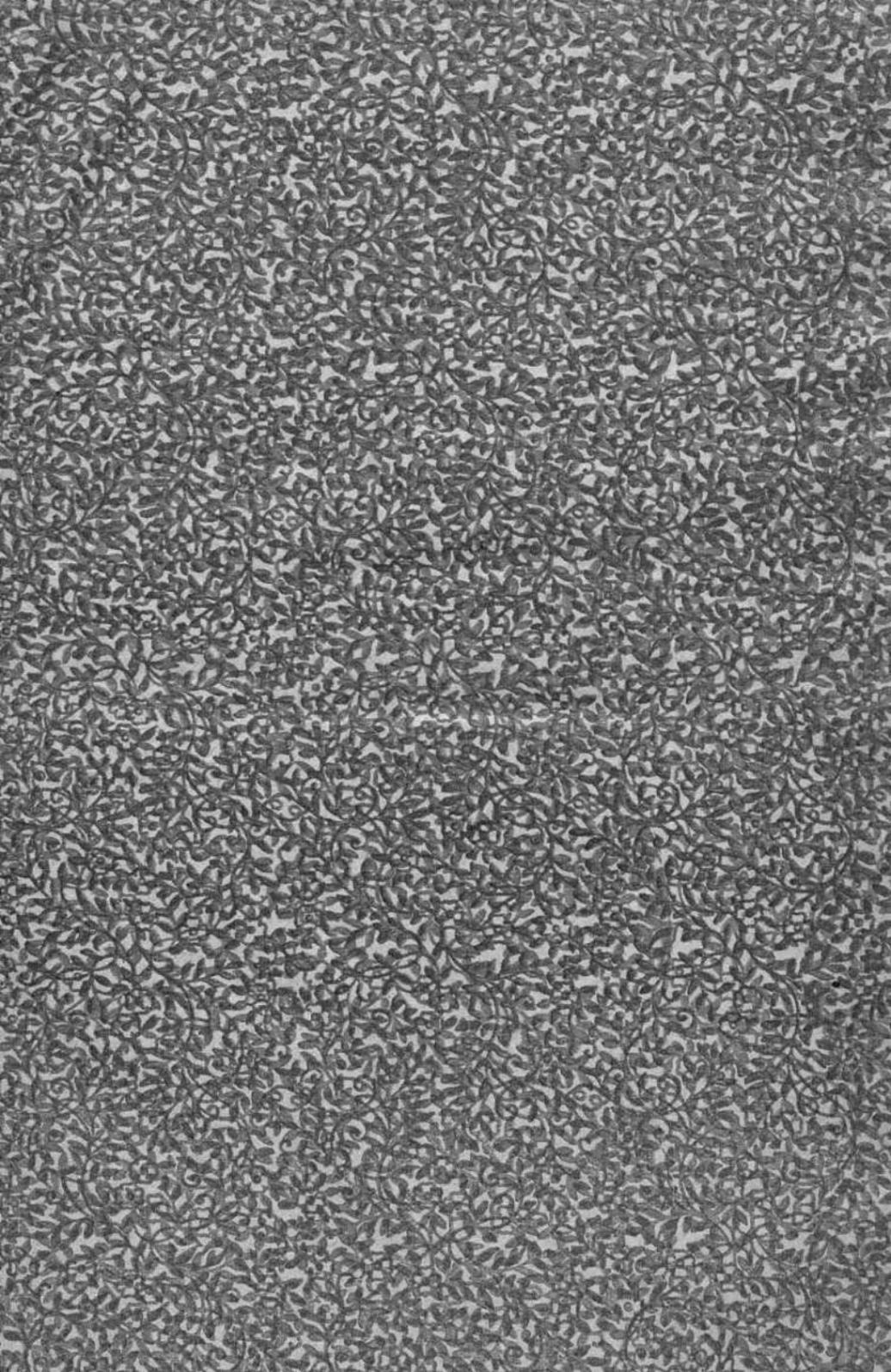


10.











# PANEGIRICO

DE LA  
MÍSTICA DOCTORA

## SANTA TERESA DE JESUS,

predicado

Á LA ILUSTRE CONGREGACION DE SU NOMBRE

POR EL DR. D. FERNANDO DE CASTRO,

Capellan de Honor, Predicador de S. M.,  
y Catedrático de ampliacion de Historia en la Universidad central.

LE PUBLICA LA MISMA CONGREGACION,

y le dedica

Á S. A. R. EL SERENÍSIMO SEÑOR INFANTE

D. FRANCISCO DE PAULA ANTONIO DE BORBON.

---

CON LAS LICENCIAS ORDINARIAS.

---



MADRID:

IMPRESA DE LA ESPERANZA, Á CARGO DE D. A. PEREZ DUBRULL,  
calle de Valverde, núm. 6, cuarto bajo.

1853.

PANEGIRIO

MÍSTICA

SANTA TERESA DE JESUS

por

A LA ILUSTRE CORPORACION DE BORBON

POR EL DR. D. FERNANDO DE CASTRO

Doctor de Honor, Profesor de R. M.

Colaborador de la Revista de la Universidad Central

LA PUBLICA LA REVISTA CONGRACIOSA

y la

de la Universidad Central de Madrid

D. FRANCISCO DE PAULA ANTONIO DE BORBON

CON LAS EFEMERIDES ORDENADAS



MADRID:

IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD, EN EL CARRER DE S. A. N. S. P. 10

EN EL AÑO DE 1838

1838

SERENÍSIMO SEÑOR:

Los que suscriben, Vice-Hermano Mayor, Secretario y Comisario de fiestas de la congregacion nuevamente establecida en la iglesia de Nuestra Señora del Cármen calzado, con el fin de promover las glorias de la ilustre española y mística Doctora Santa Teresa de Jesus, se llegan á L. R. P. de V. A. para dedicarle el panegirico que en honra de la Santa dijo este año, el 15 de octubre en la dicha iglesia, el doctor don Fernando de Castro. Y esperan que V. A. tan piadoso, tan católico y tan especialmente devoto de nuestra ínclita Compadrona, se dignará aceptar esta humilde dedicatoria, con la misma benevolencia con que ha correspondido hasta aquí á las invitaciones de una congregacion que se honra y cuenta con la proteccion de V. A., y á cuyo favor quedará eternamente agradecida.

SERENÍSIMO SEÑOR :

A L. R. P. de V. A.,

Sus humildes capellanes,

Santiago Atienza.

Valentin Leon de Soria.

Remigio García Gallego.

REVERENDISIMO SEÑOR:

Las que suscriben, Vices-Hermano Mayor, Secretario y  
Comisario de fiestas de la congregacion nuevamente estable-  
cida en la iglesia de Nuestra Señora del Carmen colacho, con  
el fin de promover las glorias de la ilustre española y real  
doctrina Santa Teresa de Jesus, se llegan á J. H. P. de V. A.  
para dedicarle el pausado que en honor de la Santa digno  
este año, el 13 de octubre en la dicha iglesia, el doctor don  
Fernando de Castro. Y esperar que V. A. tan piadoso, tan  
caliente y tan especialmente devoto de nuestra querida Com-  
patria, se dignará aceptar esta humilde dedicacion, con la  
misma benevolencia con que ha correspondido hasta aqui á  
las instancias de una congregacion que se honra y cuenta  
con la proteccion de V. A. y á cuyo favor quedará eterna-  
mente agradecida.

REVERENDISIMO SEÑOR:

A. L. H. P. de V. A.

Sus humildes capellanes.

Valencia Leon de Boria

Batistoso Arizaga.

Benigno Garcia Gallego.

... nos esplicar lo que  
... su direccion, el punto de su ma-  
... de la tierra, el de su desparacion  
... de ella, y cuando, despues de siglos, volverá á

*Mirabilis facta est scientia tua  
ex me, confortata est, et non po-  
tero ad eam.*

... con la misma seguridad y certeza nos  
... de ese hombre sobre  
... y levantar los

Maravillosa se ha manifestado  
conmigo vuestra sabiduria, se ha  
fortalecido, y no podré con ella.

Ps. 138, v. 6.

**SERENÍSIMO SEÑOR:**

No conocemos los hombres la naturaleza de los seres, ni su esencia íntima, ni muchas de las propiedades que los constituyen y determinan á ser precisamente una cosa y no otra. Los conocemos, sí, por sus efectos, por lo que vemos, por lo que oímos, por lo que palpamos; en una palabra, por lo que nos impresionan. Y subimos de aquí al conocimiento de sus causas, que esplicamos, y de que nos damos cuenta con bastante verdad y precision muchísimas veces. Pero hay efectos, existen tambien fenómenos que todos vemos ó sentimos, los cuales, sin embargo, nadie es capaz de comprender, ni mucho menos de esplicar. Aparece, por ejemplo, un astro luminoso en el cielo; el vulgo le admira, le teme, hace sobre su aparicion mil pronósticos de guer-

ras, pestes, hambres, etc.; pero los sabios, contemplándole serenamente, nos esplicarán lo que es, su velocidad, su direccion, el punto de su mayor proximidad á la tierra, el de su desaparicion de ella, y cuándo, despues de siglos, volverá á presentarse sobre nuestro hemisferio. Pues ahora bien, nace un hombre al mundo: ¿hay algun sabio que con la misma seguridad y certeza nos diga y explique el porvenir de ese hombre sobre la tierra, si nace para hacer ruido y levantar los pueblos como un conquistador, ó para pasar callada y silenciosamente entre la multitud; si morirá en un trono ó sobre el cadalso?

Los que, viviendo en Egipto en tiempo de los Faraones, cuando una ley cruel obligaba á las mujeres hebreas á arrojar á sus recién nacidos en el Nilo, hubieran visto flotar sobre las aguas de ese mismo rio una cestita de juncos, y supieran que llevaba una de esas criaturas, ¿habrian dicho nunca que ese niño habia de ser educado en el palacio del mismo Faraon, declararse luego contra él, y ser el libertador de su pueblo? ¿Y se apercibió ninguno entonces de que cuando Moisés salia de Egipto con su colonia de hebreos á proclamar desde las alturas del Sinai la UNIDAD de Dios, salia tambien Cécrope con la suya casi al mismo tiempo y del mismo punto para arrojar sobre la Grecia los primeros gérmenes de la *civilizacion* pagana? Jesucristo Nuestro Señor vino al mundo en el siglo mas ilustrado y floreciente de Roma, y su venida habia sido anunciada por los profetas, por los oráculos, por las

Sibilas, y venia á destruir con su doctrina el poderoso imperio romano que acababa de fundar Augusto, y á levantar sobre sus ruinas las naciones convertidas al cristianismo: ¿hubo uno siquiera de sus sabios que á la noticia de haber nacido un niño en un establo, en la ciudad de Belen, presumiese que aquel niño era el enviado de Dios para consumir la revolucion moral mas grande y mas portentosa que vieron ni verán los siglos? Nada son ya al lado de este todos los demas ejemplos, y sin embargo, aun me atrevo á enumerar otro. El que á principios del siglo xiii hubiera visto despachar géneros en el comercio de Pedro Bernardon, y en Asís, á un jóven de gallarda presencia, vivaracho, gracioso y galante ademas con las damas; tomar luego las armas en favor de su patria y contra Perusa; abandonar despues la casa paterna; ser requerido por su padre ante el Obispo, y presentarse, por fin, en Asís, hecho un andrajoso y un pordio-sero, silbado y corrido por los muchachos como un loco; el que todo esto hubiera visto, ¿habria creido nunca que ese loco habia de ser el gran San Francisco de Asís, el fundador de la órden mas numerosa y popular de Europa? Y, en una palabra, el que en el siglo xvi hubiera tratado en el convento de la Encarnacion de Avila á una pobre monja, «flaca, ruin, enferma, como ella» misma dice, sujeta, sin solo un maravedí, ni «quien con nada la favoreciese,» ¿habria sospechado jamás que esa misma monja habia de ser con el tiempo la ilustre reformadora de la órden

del Cármen, la mística Doctora de la Iglesia católica y la Compatrona de las Españas? Y, sin embargo, todo eso ha sucedido. Y habrá sucedido contra toda esperanza, contra el comun pensar de los sabios, contra todos los cálculos de la prevision humana; en suma, en contra de todo lo que pasa común y ordinariamente en las diferentes situaciones de la vida; pero ha sucedido, y con circunstancias y episodios tan raros, tan sorprendentes, tan sumamente maravillosos, que dejando en suspenso á sabios y á ignorantes, ninguno ha sido capaz de explicarlos ni de darse cuenta de ellos. Luego es cierto, Serenísimo Señor, que ademas del órden de los fenómenos naturales existe otro órden tambien, el de los fenómenos sobrenaturales, totalmente inconjeturables, porque proceden de la libre voluntad humana por una parte; providenciales y misteriosos por otra, porque suponen necesariamente el movimiento de la *gracia*, que obra sobre la criatura sin menoscabar en un punto su libertad, á fin de que se cumplan por ella los fines altísimos de la eterna sabiduría de Dios.

Por tanto, Serenísimo Señor, me propongo probar con la ayuda de Dios, y mediante la intercesion de la Virgen Santísima, *que la existencia de Santa Teresa de Jesus en el siglo XVI, y en la nacion española, es un testimonio elocuente y una demostracion palpable de la existencia de esos fenómenos sobrenaturales, no menos que de la verdad de la Iglesia católica.*

**Ave María.**

...y la misma credulidad y el mismo orgullo...  
 ...con que esas naciones pusieron sus manos sacri-  
 ...lejas en el árbol floridísimo de la Iglesia católi-  
 ...ca, perdiéndose en ellas, estallando en fuer-  
 ...ta en otras, y entronizándose en todas un loco  
 ...permanente de maliciar y de desorden, que hoy  
 ...*Mirabilis facta est, etc.*

**SERENÍSIMO SEÑOR:**

Las naciones de Europa en el siglo xvi fueron, respecto de la Iglesia católica, lo que nuestros primeros padres respecto del árbol de la ciencia del bien y del mal, plantado por Dios en medio del Paraiso. *Eritis sicut Dii scientes bonum et malum* (1), dijo la serpiente á los primeros hombres: «Sereis como dioses, sabiendo la ciencia del bien y del mal;» y la fe que dieron á estas palabras, y el orgullo que los cegó, fueron causa de la pérdida de la justicia original, de la rebelion de sus pasiones, del desorden de su naturaleza. *Eritis sicut Dii scientes bonum et malum*: «Sereis como dioses, sabiendo la ciencia del bien y del mal,» dijo Lutero á las naciones de Europa;

(1) Gen., 3, 5.

y la misma credulidad y el mismo orgullo hicieron que esas naciones pusiesen sus manos sacrílegas en el árbol floridísimo de la Iglesia católica, perdiéndose la fe en unas, estallando la guerra en otras, y entronizándose en todas un foco permanente de malestar y de desorden, que hoy amenaza con la ruina universal del mundo. Una nación se preservó entonces del contagio general de la herejía y de la revolución, y esa nación fue la ESPAÑOLA, regida por el prudente Felipe II, que quizá tuvo defectos como hombre y cometió desaciertos como rey; pero que en su cualidad de *defensor* del catolicismo, le conservó puro y acendrado en España, y le salvó victoriosamente en Europa. ¡Coincidencia singular y notable! Esta misma nación fue por ese tiempo la más sabia de las de Europa; mas de tal manera sabia, de tal modo culta y civilizada, que la España del siglo XVI fue la patria de los *sabios* y de los *santos*. Supo con tanto tino, con tanto juicio y sobriedad, cual no supieron los griegos en tiempo de sus juegos olímpicos, ni los romanos en el siglo de Augusto, ni Italia y Alemania en el pontificado de Leon X, ni la Francia en su siglo XVII, ni la Inglaterra en el XVIII. Y si no resolvió el problema social que hoy agita á las sociedades modernas, de hacer compatible la perfectibilidad humana con la fe divina, señaló al menos el camino para resolverle. Natural era que, de la nación entonces más católica, más sabia y más poderosa de la tierra, brotasen hombres capaces de emprenderlo todo; y natural era también que premiando Dios

su incontrastable firmeza en defensa del catolicismo; sacase de ella los mas denodados campeones contra la Reforma, como el fundador de la Compañía de Jesus, San Ignacio de Loyola, á fin de que sus hijos, volando al campo enemigo, se batiesen allí con él y le desarmasen; como San José de Calasanz, el fundador de las Escuelas Pías, para que, apoderándose los suyos de la juventud en el seno de las naciones católicas, la educasen en el santo temor de Dios y la preservasen del error; como San Pedro de Alcántara, para curar y reformar, por medio de la penitencia, los males del alma; así como San Juan de Dios, para sanar por la caridad las dolencias del cuerpo. La vida de todos estos y otros muchos varones esclarecidísimos, y las circunstancias que les rodearon, y las cosas que les sucedieron, todo fue grande, sorprendente, portentoso; pero, al fin, algo alcanza de ello la débil inteligencia humana. Mas lo que de ningun modo comprende, lo que enteramente la desconcierta y anonada es que en la nacion donde abundaban por entonces los sabios y los Santos, se sirviese el Señor de una mujer, de una monja, al parecer inútil é indigna, para ejecutar empresas superiores á su sexo, para hacer ver en ella de un modo público, ruidoso, y casi en juicio contradictorio, la existencia de ciertos fenómenos sobrenaturales que han negado últimamente la herejía y la impiedad, y de que se reian ya los semi-sábios de su tiempo; en suma, para avivar la fé en las almas cristianas y dar testimonio á los siglos venideros de la eterna

sabiduría de Dios y de la verdad de la Iglesia católica. Pero esa mujer, Serenísimo Señor, se llamaba Teresa de Jesús.

Avila de los Caballeros fue su patria. En ella vió por primera vez la luz del mundo el 28 de marzo del año de 1515, y sus padres, distinguidísimos por su antigua y calificada nobleza, no lo fueron menos por sus virtudes y religiosa piedad. No consta que su educacion tuviese nada de particular, ni esmerada; fue pues en todo igual y comun á la que se daba entonces á las niñas de familias algun tanto acomodadas. Aficionada, sí, desde los primeros años á leer libros de devocion, y siendo las vidas de los Santos la lectura ordinaria de la familia, la impresionaron de tal suerte los tormentos de los mártires, que encendida en vivos deseos de seguirles, huyó de casa de sus padres cerca de los siete años «á tierra de moros, »decia, donde la cortasen la cabeza por Jesucristo.» Si por estos primeros albores de la gracia inferís que Teresa va á ser una criatura sin nada de humano, y que, exenta de imperfecciones, de alternativas y de peligros, va á llegar derechamente y sin pararse al término de la perfeccion cristiana, os habreis equivocado. Dios la ofrece tambien en espectáculo al mundo en el siglo xvi y en la nacion española, para personificar en ella, pero de una manera ostensible é inequívoca, las consecuencias de ese malestar interior del hombre, que no lograrán destruir todas las civilizaciones del porvenir; mas claro, la lucha entre la *naturaleza* y la *gracia*, esa lucha que ha

venido á revelar al hombre el principio de su grandeza, que nadie ha explicado lo que es sino el cristianismo, y en que, unas veces vencida la humanidad y otras vencedora, ha producido los héroes mas grandes y los mas ilustres Santos.

Se entibiaron, pues, esos primeros fervores de Teresa de Jesus apenas hubo entrado en los años de la pubertad. A la lectura de las vidas de los Santos sustituyó la de las novelas; á la soledad el mundo; al trato de Dios el de los hombres. Quiso amar y ser correspondida, lucir, interesar y ser vista como objeto de admiración y de curiosidad. Y seguramente que para hacer fortuna entre los hombres habia Dios como derramado sobre ella á manos llenas todos los tesoros de sus perfecciones divinas, si no la destinara á mas altos fines. Hermosura, talento, discrecion, agudeza, ánimo resuelto, desenfado, gracia en el decir, maneras distinguidas, voz dulce y simpática, mirada fija y penetrante, todo era de admirar en ella. El profano y el santo, el discreto y el reformado, los mas jóvenes y los mas viejos, todos quedaban prendados y como cautivos de su trato. Mas juntamente con eso habia en su semblante y en sus acciones cierta honestidad natural, y un no sé qué de recatado y pudoroso, que imponia respeto á cuantos se le acercaban. Veamos cómo se pinta ella misma en esa época de su vida. «Yo comencé á quedarme en costumbre de leer libros de caballería... comencé á traer galas y á desear parecer bien, con mucho cuidado de manos, y cabellos, y

»lores, y todas las vanidades que en esto podia  
»tener, que eran hartas, por ser muy curiosa.  
»No tenia mala intencion, porque no quisiera yo  
»que nadie ofendiera á Dios por mí.» Felizmente su padre se apercibió muy á tiempo de las primeras distracciones de su hija, y la metió de seglar en el convento de Nuestra Señora de Gracia de la ciudad de Avila.

Como la flor marchita revive apenas la humedece el rocío de la mañana; como la brújula, apenas tocada al iman, se vuelve siempre al Norte, así Teresa, no bien apartada del mundo y tocada de un rayo de la divina gracia, volvió al punto á sus primeros fervores. Estaba tan predispuesta á todo lo bueno, que lejos de serla violento el nuevo género de vida, en él la nació el deseo de dar de mano á todas las vanidades pasajeras de la tierra, y de consagrarse á Dios para siempre en el retiro silencioso del claustro. Y no porque temiese ser víctima de la inconstancia del amor humano, sino porque no pudiendo vivir sin amar, no llenaba ese ni con mucho lo ancho de su corazon, que aspiraba á un objeto mas digno, mas grande, infinito, y nadie sino Dios podia llenarle (1). Y no porque huyendo de los vaivenes

(1) El ilustre Balmés, en sus *Cartas á un escéptico*, decia de la Santa: «Si no se hubiese consumido con la llama purísima del amor divino, se hubiera abrasado en el fuego impuro del amor terreno. »En vez de un ángel que escita la admiracion de los mismos incrédulos que han leído por casualidad alguna de sus admirables páginas, »tal vez hubiéramos tenido que deplorar los estravíos de una mujer »peligrosa, trasladando al papel sus pasiones con caracteres de »fuego.»

del mundo fuese á buscar allí aquella dulce tranquilidad, que dan la paz del corazon por una parte, y el estar lejos del tope y del tumulto de las pasiones humanas por otra, sino porque tenia ambicion de ser *santa*; sino porque su alma elevada y enérgicamente activa deseaba ocuparse en altos pensamientos. Era agitada interiormente, sentia aspiraciones, tenia presentimientos de llegar á ser algo por Dios y en beneficio de los hombres. Ello es que despues de muchas cavilaciones y dudas, por entre mil propósitos concebidos hoy y desechados mañana, y á pesar de la oposicion de su padre y de no sé qué secreta repugnancia que sentia, cayeron accidentalmente en sus manos las epístolas de San Gerónimo, y su lectura la decidió de manera que, contra la voluntad de su padre, y venciendo esa repugnancia y sentimiento tan estraños «que parecia, dice, que cada hueso se la apartaba de por sí» entró *religiosa carmelita* el 2 de noviembre de 1535 en el convento de la Encarnacion de Avila. Está asentada, Serenísimo Señor, la primera piedra del gran edificio que ha de levantar esa monja para gloria de Dios, honra de España, y admiracion de los siglos. *Et infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia.* «Y las cosas flacas del mundo escogió Dios para confundir las fuertes (1).»

En los primeros años de profesa fué un modelo de todas las virtudes. Exactísima en el cum-

(1) 1. ad Cor., 1, 27.

plimiento de todas las obligaciones de su estado, sobre ellas se imponia otras de supererogacion, pareciéndola poco el rigor de su órden. Y el gusto, y la alegría, y la dulzura, y el amor con que lo hacia todo, y la caridad con que servia á sus hermanas, la habian ganado el afecto de todas, que la miraban como una adquisicion para su convento, como la perla mas fina salida de los mares de la gracia. No os forjeis ilusiones; no fundeis esperanzas, con todo, acerca del porvenir de esa religiosa tan ejemplar, pues tampoco esta vez va á perseverar en el buen camino. Una enfermedad de las muchas que la atormentaron durante su vida, y que fueron uno de los fenómenos prodigiosos que el Señor quiso hacer resplandecer en ella, la obligó á salir del convento para atender con mas cuidado y comodidad á su curacion. Y fuese que, como á planta nueva y delicada, el aire pestilencial del mundo volviese á hacer retoñar en ella antiguas y mal olvidadas reminiscencias, ó que la gravedad del mal, y los regalos y cuidados de que habia sido objeto, debilitasen el vigor de su espíritu, es lo cierto que, vuelta al convento, y despues de curada milagrosamente, comenzó á experimentar tibieza, flojedad, disgusto, lucha entre los llamamientos de Dios y los reclamos de los hombres. Y tras tentaciones y resistencia, y prontitud en el espíritu, y flaqueza en la carne, y levantarse hoy para volver á caer mañana, rindiola por fin el enemigo; mas no á que cometiese cosa que claramente fuese ofensa de Dios; pues, al de-

cir de ella misma, «nunca era inclinada á mucho  
»mal, porque cosas deshonestas las aborrecia, si-  
»no á pasatiempos de buena conversacion.» Pero  
esos pasatiempos llegaron á tal esceso y demasia,  
que dejó el coro por asistir al locutorio, é inca-  
paz de hacer la hipócrita, se dispensó de la ora-  
cion y de casi todos los actos de comunidad, so  
pretexto de que pues no era espiritual, tampoco  
queria aparentarlo. *Quis sapiens et intelliget  
ista? Intelligens et sciet hæc?* «¿Quién es el sabio  
»y entenderá estas cosas? ¿El entendido y sabrá  
»esto (1)?» ¿Hay alguno que explique naturalmen-  
te fenómenos tan contradictorios, caminos tan  
encontrados, inconsecuencias tan claras? Y, ¿es  
esa mujer, direis, el prodigio que Dios prepara  
en el siglo xvi, y en la nacion española para  
manifestar al mundo que no se han agotado to-  
davía los milagros de su omnipotencia, ni los in-  
sondables abismos de su gracia? ¿Y es esa á la  
que aplicais las conceptuosas palabras del profe-  
ta: *Mirabilis facta est*, etc. «Maravillosa se ha  
»manifestado, Señor, conmigo vuestra sabiduría;  
»se ha fortalecido, y no podré con ella?» ¡Así  
discurren los hombres cuando ignoran lo incom-  
prendibles que son los juicios de Dios, y cuán im-  
penetrables sus caminos para con sus santos!  
Guardaos de creer, sabios de la tierra, altas in-  
teligencias del siglo, que los misterios de la gra-  
cia se obran como los de la naturaleza. No juz-  
gueis ligeramente: esperad, y vereis en defini-

(1) Oseas, 14, 10.

tiva el triunfo de la primera sobre la segunda.

Muy al borde del abismo, muy á punto de caer de las alturas de la gracia, se habria visto esta vez Teresa de Jesus, si el Señor no la hubiera sostenido por su infinita misericordia. Uno de esos golpes que siempre sorprenden por prevenida que esté la criatura para recibirlos, cuya impresion no se borra nunca, y cuyas consecuencias son para siempre irreparables, vino á arrancarla de ese estado de disipacion. La muerte de su querido padre, que ella misma presenció, fué como una iluminacion súbita que la hizo comprender claramente y en toda su deformidad é ingratitud el riesgo inminente de perderse. Y las lágrimas derramadas por la muerte de tan buen padre se confundieron con las lágrimas tambien de dolor y de arrepentimiento por el olvido de aquel Dios, único objeto que ella creia capaz de satisfacer la sed inestinguible de amar que la atormentaba. Un confesor mas instruido la ayudó en estos momentos de desolacion y amargura, y detestando las conversaciones de los hombres, y volviendo á ocuparse en sus ejercicios espirituales, mayormente en el de la oracion, se propuso no omitirle ningun dia, cualesquiera que fuesen las tentaciones del enemigo, y el estado interior de su espíritu.

La ciencia humana, sin duda, tosca de suyo, corta de vista, de pensar incierto y dudoso, é impaciente ademas por ver pronto el fin de todas las cosas, creará que tras tanto padecer y agitarse habrá hallado, por último, tranquilidad y reposo

esa criatura sobrehumana; y, sin embargo, no es así. Una nueva faz, sobremanera importantísima, que no es dado conocer á todos, ofrece que estudiar ahora su vida. «En el horno es probado» el oro, dice el Sabio, mas los hombres aceptables á Dios en la tribulacion (1).» En esta iba á ser probada nuestra heroína, pues el Señor queria sondear la firmeza de sus nuevos propósitos, al mismo tiempo que si las resultas correspondian al ensayo, seria elevada á las moradas mas altas de la perfeccion religiosa, y preparada para empresas, no ya de héroes, sino de jigantes. La probó Dios con uno de esos padecimientos del alma que los místicos llaman *sequedad de espíritu*. En esa disposicion el alma quiere á Dios, le sirve en todo; hace mas, le busca en todas partes, y él como que se retira y se oculta, dejándola en un estado como de tentacion y de olvido. Así el alma, ni en el desempeño de sus obligaciones, ni en la práctica de sus ejercicios espirituales, siente gusto, ternura, amor, consolacion, sino antes bien repugnancia, tibieza, tedio, desconsuelo por do quiera, sin que muchas veces pueda explicar la causa de esa ansiedad en sí misma, y de ese alejamiento de Dios. Las mas consiste en imperfecciones veniales, en faltas levísimas, en alguna aficion secreta y como imperceptible de la criatura á las cosas de la tierra, como sucedia en Teresa de Jesus. Habia roto, es verdad, las relaciones mas peligrosas

(1) Eccl., 2, 5.

con los hombres; y ni el locutorio, ni las amistades, ni la vana curiosidad, nada de esto la impedía ya el entregarse á Dios completamente; pero allá en los mas íntimos y recónditos senos de su corazón ocultaba cierta pasioncilla á las criaturas. Solicitábala el Señor en su interior á que se le rindiese sin condiciones, pura y simplemente; pero luchaba, y luchando no se sentía con fuerzas bastantes para resolverse á tan generoso sacrificio. Y en esta angustiosa lucha, expresada tan concisa como enérgicamente por las palabras de Job: «Luchar es la vida del hombre »sobre la tierra (1),» significada tan admirablemente por las de San Pablo: «Mas veo otra ley »en mis miembros que contradice á la ley de mi »voluntad (2),» parecida á la de San Gerónimo, cuando en medio del desierto se le venían á la memoria las imágenes de los palacios, festines y reuniones tumultuosas de Roma, y de sus mujeres lascivas, y luchaba á brazo partido con sus pasiones; y muy semejante á la de San Agustín, cuando en el huerto de su casa repetía: «¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo ha de durar el que yo diga *mañana y mañana?* ¿Por qué no ha de ser hoy? ¿Por qué no ha de ser ahora?» Y en esta congojosa lucha, repetimos, pasa cerca de veinte años, sin alejarse de Dios, sin entregarse á él resueltamente, sin sentir gusto en servirle, mas sin tenerle tampoco

(1) Job., 7, 1.

(2) Rom., 7, 23.

en el comercio de los hombres, hasta que ofreciéndosela inopinadamente la vista de una pintura del Señor atado á la columna en el paso de los azotes, y habiendo caido en sus manos las *Confesiones* de San Agustin, cuando llegó al pasaje citado, ella tambien bañada en lágrimas empezó á esclamar: «¿Hasta cuándo, Señor, durará el que yo diga *mañana y mañana*? ¿Por qué no ha de ser hoy? ¿Por qué no ha de ser ahora?» Y rompiendo de súbito con todas las ligaduras que la sujetaban á las criaturas, á la manera que rompe la mujer celosa y enfurecida con el ídolo de sus adoraciones, se entrega á Dios para siempre, sin límite, sin medida, y sin reserva. Y así limpia y purificada de todo lo humano, es atravesado su corazon por el dardo de un ángel, elevada su alma de pronto á un grado de oracion altísima, y sin parar hasta el grado de quietud y el de union con Dios, y regalada con mil favores y consuelos celestiales, como raptos, arrobamientos, éxtasis, hablas interiores, visiones, revelaciones, etc.

Hemos llegado, Serenísimo Señor, al periodo mas difícil é interesante de la vida de la ilustre española, al suceso capital de los fenómenos sobrenaturales, de esos fenómenos que la impiedad del siglo pasado y del presente ha ridiculizado tanto, y que si fueran una alucinacion de imaginations exaltadas, nada perderia la fe por ello, pues está apoyada en motivos de credibilidad mas altos y de todo punto indestructibles; pero que si son ciertos, recibe una confirmacion

mas, si es posible, la verdad de la Iglesia católica. Ahora bien: así como decia San Pablo: (1) «Y »para que la grandeza de las revelaciones no »me ensalce, me ha sido dado el ángel de Sata- »nás que me abofetee;—y por esto rogué al Se- »ñor tres veces para que le apartase de mí;— »y me dijo: *Sufficit tibi gratia mea*, te basta »mi gracia;» así rogaba al Señor Teresa de Je- sus en estas circunstancias. Dios la habia arrebatado hasta el tercer cielo en los incomprensibles arcanos de la mística teología, y allí habia oído palabras secretas que al hombre no le es lícito revelar, y se la habia dado tambien el ángel de Satanás para que la abofetease. Y el infierno, y los hombres, y sus confesores, y los sabios, y los amigos, y sus mismas hermanas en Jesucristo, y todos... se conjuraron contra ella, teniéndola por hipócrita, por energúmena, por posesa. Los confesores desaprobaban su espíritu, pues no podian comprender que Dios favoreciese de una manera tan especial y tan portentosa á una mujer que le habia tantas veces faltado, sido inconsecuente é infiel; los predicadores desde el púlpito se destemplaban contra ella, calificándola de embustera; las monjas de su convento decian que queria ser tenida por *Santa* antes de dar pruebas de buena religiosa; sus amigos se apartaban de ella, y decian que su alma iba notablemente engañada; de los no tan allegados,— «unos la avisaban con miedo, y otros, que la ha-

(1) 2.ª, ad Cor., 12.—7. 8. 9.

»bian lástima, sospechaban mal de su vida pa-  
»sada, y veniales al pensamiento sería por di-  
»cha castigo de algunos grandes pecados secre-  
»tos (1),» y los sabios, juntándose en número de  
seis, y discutiendo y conferenciando sobre las  
cosas de nuestra Santa, resolvieron que estaba  
ilusa; intentaron privarla de la sagrada Comu-  
nion, pensaron en delatarla al Santo Tribunal,  
y discurrieron si la exorcizarían. «Y ni en Avila,  
»ni en la mayor parte de las universidades de  
»España, se hablaba de otra cosa que de las ima-  
»ginadas ilusiones de Teresa (2).» Y reprobada  
por los confesores, y condenada por los sabios,  
y dejada por los amigos, y notada entre las mon-  
jas, y afrentada de todos, y su nombre en len-  
guas, y su virtud en dudas, y los favores de su  
Dios en opiniones, sufría, como ella misma dice,  
«contradiccion de buenos á una mujercilla ruin  
»y flaca.» Y oprimida de dolor, deshecha en un  
mar de lágrimas, y postrada á los pies de un  
Crucifijo, exclamaba:—«Levántense contra mí  
»todos los letrados, persiganme todas las cosas  
»criadas, atorméntenme los demonios: no me  
»falteis vos, Señor.» Y el Hijo de Dios no la fal-  
tó. *Sufficit tibi gratia mea.* «Te basta mi gra-  
»cia. No temas, yo soy, no te abandonaré.» Y  
confirmada la voz de Dios por la de sus Santos,  
y aprobado su espíritu por San Francisco de Bor-  
ja, San Pedro de Alcántara, el venerable maestro

(1) Yepes, Vida de la Santa, tomo primero, página 83.

(2) *Año Cristiano.* Octubre, página 335.

Avila, y otros varones no menos esclarecidos, nunca jamás volvió á turbarse la paz interior de su alma.

Así, católicos, de esta manera tan pública, tan ruidosa, y como en juicio contradictorio, probó el Señor por medio de Teresa de Jesus en el siglo xvi, y en la nacion española, entonces la mas sabia, la mas católica, y por tanto la mas competente y autorizada para juzgar sobre cuestiones de esta naturaleza, la *existencia* de los *fenómenos sobrenaturales*. *Mirabilis facta est*, etc.

«Maravillosa se ha manifestado, Señor, hasta aquí, conmigo vuestra sabiduría; mas se ha fortalecido, y no puedo con ella.» ¡Pues qué! ¿Todavía despues de cuarenta y cinco años de una vida tan agitada, tan llena de vicisitudes, de dolencias, de sequedades y ausencias de Dios, y otras tentaciones y trabajos de mil maneras, no habrá legado esa navecilla al puerto para descansar y repararse de tan revuelta tormenta? ¿Ni podrá tampoco, como viajera que va camino del cielo, hacer alto, pararse, y apoyada en su bordon de peregrina fijar la vista en el firmamento y medir la distancia recorrida y la que le queda por recorrer? ¡Ah! ¿Quién es capaz de leer en el libro del porvenir lo que Dios ha escrito allá en las profundidades de su inmensidad! ¿Quién!!! La criatura predestinada á realizar un pensamiento sobre la tierra, no sabe cómo, ni cuándo, ni en cuánto tiempo. Teresa de Jesus ha podido quizá comprender no mas que Dios la ha enviado al mundo á realizar algo grande: un movimiento

secreto la empuja, una voz interior la grita: «ten  
»fe y esperanza, marcha...» y resuelta y animosa,  
sigue la voz de Dios y los preceptos de la obe-  
diencia. Hasta aquí sus luchas y contradicciones  
han nacido de sí misma, de las borrascas de su  
corazon, de los combates entre la naturaleza y  
la gracia, entre Dios y las criaturas; ahora van  
á nacer de la grandeza misma de sus empresas,  
de la voluntad adversa y contraria de los hom-  
bres. En suma, hasta ahora no ha sido mas que  
una monja del convento de la Encarnacion de  
Avila; en adelante será la fundadora de la descal-  
cez, *la reformadora de la antiquísima orden de  
Nuestra Señora del Cármen.*

Existia de tiempo inmemorial la ilustre y  
venerable orden de Nuestra Señora del Cármen,  
y habia dado en todos los siglos á la Iglesia mo-  
delos acabados de oracion, retiro y penitencia.  
Las vicisitudes de los tiempos, sin embargo; las  
persecuciones de los árabes en Egipto y Pales-  
tina, donde mas estendida estuvo la orden en sus  
principios, y la flaqueza de nuestra propia con-  
dicion humana, hicieron necesarias algunas re-  
formas en la perfeccion de aquella primera regla,  
que dió á la orden el año del Señor de 1171 el

bienaventurado San Alberto, patriarca de Jerusalem, que antes habia sido ermitaño del monte Carmelo. Fue mitigada, pues, esta regla por Inocencio IV en 1248, y por Eugenio IV en 1430. Y ademas de las mitigaciones de estos y otros Sumos Pontífices, aunque en el convento en que era monja Teresa de Jesus se vivia religiosamente, no se guardaba clausura, y se habian introducido otras dispensaciones, que hacian olvidar casi del todo el primitivo espíritu de los carmelitas. Así las cosas, la seguridad que tenia ya Teresa de Jesus de que su espíritu era de Dios, y el ansia de padecer por él y servirle para mayor acrecentamiento de su gloria, hicieron que naciese en ella el deseo de una vida mas austera que la de su convento. Y el horror de una vision en que se la representó el gran número de cristianos que se condenaban, y el profundo dolor que experimentaba al oír contar los estragos de los protestantes, avivaron en ella el fervoroso anhelo de trabajar algo por los primeros para que se salvaran, y por los segundos para que se convirtiesen. Y Dios, que la tenia preparada con tantos años de pruebas y de trabajos, la inspiró un pensamiento que, como mujer, y menos como monja, jamás la hubiera ocurrido, y dado que la ocurriese, jamás le hubiera podido realizar. Fundar nuevos conventos, así para mujeres como para hombres, ó introducir la reforma en los ya existentes, donde se observase con todo rigor la primera regla de San Alberto: tal fue la empresa á que se lanzó, sin mas recursos que su genio,

sin mas auxilio que el de Dios, y sin otra proteccion que la de su Madre la Virgen del Cármen. De una vez resuelta, y contando con la proteccion del Cielo, comunicó su pensamiento á una señora amiga suya, á su confesor, á San Pedro de Alcántara y San Luis Beltran, y aprobado por todos, y dando de todo conocimiento al Provincial de su religion, determinó echar los primeros cimientos de la reforma en el pueblo de su residencia y naturaleza.

«Señor mio, ¿cómo me mandais cosas que parecen imposibles? Que aunque fuera mujer, »si tuviera libertad; mas atada por todas partes, »sin dineros, ni donde los tener, ni para Breve, »ni para nada, ¿qué puedo yo hacer, Señor?» (1) De esta manera se quejaba algunas veces la sierva de Dios, apurada por las dificultades humanamente insuperables de la reforma. Y esto precisamente fue lo que se empezó á decir por los de la ciudad apenas se divulgó su buen propósito. Cuantos obstáculos pueden buscarse para impedir la realizacion de un pensamiento bueno, otros tantos se pusieron en juego contra la fundacion del convento de San José de Avila. Y cuantos sucesos fortuitos pudieran contribuir á abandonar una empresa inaugurada bajo auspicios desgraciados, otros tantos sobrevinieron. Murmuraciones, dichos, risas, mofa y alboroto, tanto ruido hicieron estas cosas en el convento de la Encarnacion y en la ciudad, que el Provin-

(1) Vida de la Santa, escrita por ella misma, cap. 33.

cial se negó á conceder la licencia que habia ofrecido; el confesor la prohibió que entendiese en la fundacion; los que pasaban por hombres doctos y experimentados calificaban el propósito de disparate; y los que no eran uno ni otro, la decian que andaban los tiempos recios y peligrosos, que seria bien se dejase de aquellos intentos, pues podria ser la levantasen algo, y fuesen á los inquisidores. «A mí me cayó esto en »gracia, dice, y me hizo reir, porque en esto »jamás yo temí; que sabia bien de mí, que en »cosas de la fe contra la menor ceremonia de la »Iglesia, que alguien viese yo iba por ella, ó por »cualquier verdad de la Sagrada Escritura, me »pusiera yo á morir mil muertes.» Comprada, al cabo de todo, la casa que habia de ser convento, y estándola derribando, se vino á tierra de pronto una pared, y cogió debajo á un niño, sobrino suyo, y cuya madre la ayudaba con dineros. A poco tiempo de acabarse de hacer un gran trozo de fábrica, se arruinó, al parecer de suyo, mas no sin general espanto y sorpresa. Dos veces hubo de levantarse mano en las obras, y una ausentarse la Santa de Avilá por orden de los superiores, hasta tanto que se calmase el alboroto levantado contra ella. No desalentada nunca, y llena de fe en Dios, y de esperanza en la realizacion de sus planes, desistia cuando se lo mandaban, pero sin queja y sin impaciencia; y cuando el prelado, avisado con luz superior, la decia que continuase, volvía de la misma manera, con alegría y diligencia, mas sin desconfianza, sin zozobra ni apresuramiento.

Finalmente, Serenísimo Señor, ¿en qué vinieron á parar las opiniones de los sabios, los dichos de los malévolos, las maquinaciones del demonio, tanto decir, gritar y alborotarse? ¿Qué sucedió por último? Que obtenido un Breve del soberano Pontífice para la fundacion del convento, que rematado este, que dada la obediencia al Obispo y dispuesto todo lo necesario, se INAUGURÓ LA REFORMA DE LA DESCALCEZ en Avila, en el convento que hoy se llama de la Santa, vistiéndola ella misma el hábito á cuatro doncellas pobres y huérfanas, pero de buen espíritu, cambiando todas sus nombres, y mudando para siempre el suyo de Teresa de Ahumada en el popular y simpático de TERESA DE JESUS, el 24 de agosto de 1562, el mismo año que los turcos tomaron á Chipre y destruyeron el último convento de la regla primitiva del Carmelo.

No se forma mas pronto en el estío la tempestad preñada de rayos, huracan y piedra, que va á talar los sembrados y los campos, que se formó en Avila la deshecha borrasca que descargó contra la primera casa de la descalcez y su fundadora. La ciudad y las monjas de la Encarnacion se alborotaron de manera, que á los unos parecia que habia de destruir y perder la ciudad si no se deshacia el nuevo convento, y á las otras que afrentaba su religion. Tan viva, tan fuerte y tan general era la persecucion, que «hasta las piedras, dice un historiador de su vida, como que se volvian contra ella.» La superiora de la Encarnacion la mandó que fuese in-

mediatamente á vivir en su antiguo convento, como lo hizo sin ninguna dilacion. El Provincial la hizo comparecer ante sí á juicio; y los de Avila se juntaron en forma de ciudad, convocaron á las personas mas notables, discutieron el asunto, y salió por resolucion de la consulta, que de ninguna manera se permitiera pasar adelante, sino que luego se deshiciese la fundacion. Mas pasados los primeros momentos, y volviendo sobre sí el corregidor, pareciole mejor remedio no llevar esta causa por fuerza, sino por justicia. Hízose pleito ordinario, y llevose al Consejo Real. Mas en tanto que se mueven vanamente sus émulos y adversarios, buscando recomendaciones y favor en la corte, ved á la Santa cómo, establecida ya en su nueva casa, se dedica á plantear la vida interior de sus monjas, conforme á la regla primitiva; cómo comienza á gobernarlas con prudencia y espíritu del Cielo; cómo traza y dispone todas las cosas en órden á los fines que Dios la habia enseñado, y cómo establece el vivir sin rentas, y asienta en todas el espíritu y trato de oracion y mortificacion, que es el fin principal de la nueva regla; y cómo mientras cierra locutorios y redes, y prohíbe conversaciones y tratos, aun entre parientes, cerrando las puertas á todos los consuelos humanos, para que así estén mas abiertas y patentes á los divinos, y cambia la estameña en jerga, los zapatos en alpargatas, la cama blanda en un jergon duro, y el alimento regalado y abundante en un sustento grosero y escaso; en una palabra, y cómo, mientras se

ocupa en todo esto, negocia al mismo tiempo con el Sumo Pontífice, anda en diligencias con el general de su orden, piensa cómo hacer extensiva la reforma á los conventos de varones, escribe el *Camino de perfeccion*, trae entre manos la fundacion de Medina del Campo, lleva larga correspondencia con personas de clase, de todas edades, sexos y categorías, interesa á los amigos, suplica al rey, importuna á Dios, y todo esto sin dispensarse de ninguno de los actos de comunidad, y lo que mas es, lo que llena la medida de la admiracion y del asombro, atormentada de dolores, destruida, ética, cadáver con ojos abiertos, como espectro movido por un alma en pena. Sus enfermedades eran tan numerosas y sus dolores tan continuos, tan sin intervalo alguno, y tan esparcidos por todo el cuerpo, que sin dejar miembro ni parte de él, «la apretaban en un ser desde los pies hasta la cabeza.» Y sus desmayos la duraban tanto, que hubo vez de estar cuatro dias con un paroxismo, volver en su sentido, y hallarse amortajada, con la sepultura abierta, con la cera en los ojos, y los de su padre y hermanos llenos de lágrimas, que la lloraban ya como muerta. Si toda la vida de esta mujer no es un continuo milagro, no sabemos qué sea; pues ni en la inteligencia y libertad humanas hay condiciones para producir fenómenos tan sobre sus fuerzas, ni en la naturaleza sucesos tan fuera de sus leyes necesarias é invariables. Y si el que con miras imparciales estudia la vida de esa mujer para creer en Dios, y al fin de

ella no le adora, su alma es de hielo, su corazón de piedra, y su cabeza inclinada á la tierra y organizada como la de los brutos. No nos detengamos mas, Serenísimo Señor; sigámosla en sus fundaciones; vedla que sale ya para la de Medina del Campo. Pero ¿no oís las murmuraciones de los de Avila? ¿No oís que dicen: «veremos en qué paran los desatinos de esa loca?» Y esa loca, á la que las naciones habian de levantar estatuas y la Iglesia altares, sale el 13 de agosto de Avila, llega el 14 á Medina, á las doce de la noche, y sin descansar un solo momento, puesta al frente de sus hijas, de los religiosos de su orden que allí habia, y de varios sacerdotes de la ciudad, como un esforzado capitán al frente de su compañía, se dirige á la casa que iba á ser convento, vence y allana todas las dificultades, dirige los trabajos, y prepara todo lo necesario, de manera que á la primera hora de la mañana del 15, dia de la *Asuncion*, el sonido de una campanilla despierta á los habitantes de Medina del Campo, que, acudiendo al sitio de la novedad, se hallaron estrañamente sorprendidos, al encontrarse con un convento de la noche á la mañana, mirándose unos á otros, no sabiendo qué decirse, pero sí pudiendo asistir á la primera misa del segundo convento de la Descalcez... No suspendamos el seguirla; contengamos el deseo natural de pararnos á cada sorpresa, pues son tantas, que no veríamos nunca el fin de esta historia. Hagamos notar antes como de paso, que recibió por entonces la licen-

cia para fundar conventos de varones, y que Dios la deparó en Medina al que tenia predestinado para ayudarla en la Reforma. Era *San Juan de la Cruz*, á quien la insigne Fundadora adivinó con luz superior desde el momento que le vió. Y como ambos tenian fé y aspiraban á vida mas perfecta, se comprendieron inmediatamente; y sus almas, unidas en Dios, obraron por un mismo impulso y realizaron un mismo pensamiento. Dicho esto, sigámosla en su noble empresa, y la veremos fundar al año siguiente en Malagon y Valladolid, y despues en Toledo, donde no se sabe qué admirar mas, si la resistencia y oposicion de los del Consejo á concederla la licencia, ó la santa libertad con que habló al primero, y la habilidad y maneras con que supo atraer á su deseo á los segundos. No la perdais de vista; seguidla á Pastrana, y os sorprenderá la entereza con que se opone á las exigencias de la princesa de Eboli, y renuncia sus favores y proteccion en la corte, cuando esta, ya viuda, se propone hacer vida retirada en el convento que habia fundado la Santa á sus espensas, y pretende conciliar las maneras libres y desenvueltas de una cortesana con las humildes y austeras de una carmelita descalza. Y si os proponéis seguirla todavía, os asombrarán su grandeza de alma, su paciencia, discrecion y dulzura en las fundaciones de Salamanca, Alba de Tormes y Segovia; pero mas que en todos estos puntos, en Andalucía.

A no ser en la fundacion de San José de Avila,

en ninguna otra dice que sufrió mas que en la de Sevilla. Es necesario suponer una resolución y un esfuerzo superiores, para lanzarse desde el centro de Castilla hasta la capital de Andalucía seis pobres monjas descalzas, en aquellos tiempos, con escasísimos recursos, y con una seguridad absoluta de padecer todo género de privaciones y molestias, hasta el caso de poder contar los dias del viaje por las desgracias y contratiempos que las sucedieron. Hoy era en la Santa una recia calentura, cual en su vida la habia sentido mayor; mañana el no encontrar alojamiento donde poder pasar las horas mas fuertes de sol; al otro dia, llegando al Guadalquivir y entrando en una barca, rompiose la maroma, y la barca suelta, sin remo ni maroma, iba á toda furia el rio abajo, encallando milagrosamente en un arenal; al siguiente que llegaron á Córdoba, las negaba el corregidor la licencia para pasar el puente; y cuando se consiguió, al cabo de muchas diligencias, no cabian los carros en que iban, y hubo necesidad de aserrarlos y achicarlos, con no pequeñas pesadumbres. Y en Sevilla, por último, ni fueron bien acogidas de la poblacion, ni visitadas de particulares, ni el Arzobispo queria conceder la licencia para la fundacion del convento; y aun despues de obtenida á fuerza de instancias y ruegos, y dicha la primera misa de inauguracion el 29 de mayo de 1565, no mejoró por eso su situacion, pues su alojamiento era estrecho é incómodo; la Santa y casi todas sus compañeras enfermaron; no te-

nian qué comer ni en qué dormir, ni nadie se presentaba tampoco á pedirles el hábito. Y cuando ya algunas se decidieron á tomarle, hubo una que, despedida por no ser apropósito para vida tan perfecta, las denunció al Santo Oficio, infamando la virtud de la Santa y de sus hijas, ayudando en esto personas de gran valimiento, en términos de ser residenciadas por los de ese Tribunal, y con esperanza sus émulos de que serian llevadas á las cárceles públicas de la Inquisicion. Su inocencia, empero, y su virtud, las libertaron de tan infame nota.

Mas no bien respiraban de este susto, y cesaban las tribulaciones, y ganaban crédito y popularidad en Sevilla, cuando, no una tribulacion pasajera, sino una conjuracion vastísima, general y formidable, estalló contra la Fundadora y su reforma. Una órden muy urgente de su prelado la hizo salir al punto de Sevilla para Toledo, y al llegar á esta ciudad se la dió por cárcel su mismo convento, con prohibicion absoluta de salir de él y de hacer nuevas fundaciones, viéndose acusada de malhechora y autora de tantos daños, é infamada con los epítetos de mujer *inquieta* y *andariega*, que por holgarse andaba en devaneos so color de religion... De los frailes descalzos, unos fueron desterrados, encarcelados otros, estos privados de oficio, aquellos tenidos como sospechosos, y todos mal vistos, infamados y perseguidos por doquiera, y al parecer deshecha la Reforma de la Descalcez, destruido en pocos dias el soberbio

edificio que con gran fé y á costa de muchísima paciencia habia levantado la ilustre Teresa de Jesus, y desvanecidos los argumentos que nos habian inducido á presentárosla hoy como una criatura predestinada por Dios en el siglo xvi y en la nacion española, para ser el eco mas fiel, la voz mas pura, la espresion mas alta del catolicismo en su época, y el mas solemne é inequívoco testimonio de la admirable providencia de Dios. No temais, Serenísimo Señor, porque si la Descalcez es obra de Dios, no perecerá; mas si fuere puramente obra de los hombres, no hay duda que sobre sus ruinas trazará la vanidad humana nuevos pensamientos de soberbia, sin que quede ni memoria siquiera de su existencia sobre la tierra. Empero la Reforma de la Descalcez se salvó, y se conserva, y su Fundadora, muriendo con la muerte preciosa de los justos, en Alba de Tormes, el año de 1582, fue canonizada á los cuarenta años no mas despues de su muerte, por el Papa Gregorio XV; LUEGO LA REFORMA DE LA DESCALCEZ ERA OBRA DE DIOS.

Luego esa mujer singular, de la que puede asegurarse que, despues de la Virgen María, quizá no se registra otra en los anales de la Iglesia católica en quien Dios haya puesto mas particulares y extraordinarios privilegios, pues ademas de los dones y gracias naturales, las divinas y sobrenaturales fueron tantas y tan raras, cuanto en ninguna Santa se han visto mayores; luego esa heroína, de quien dice Fr. Luis de Leon (1)

(1) Prólogo á la vida de la Santa.

que es una maravilla nueva que una mujer flaca emprendiese cosas tan grandes, tan sabias y eficaces, y que escribiese libros en los cuales no duda que hablaba el Espíritu-Santo por ella en muchos lugares, porque en la alteza de las cosas que trata, y en la delicadeza y claridad con que las trata, escede á muchos ingenios, y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, duda que haya en nuestra lengua escritura que la iguale : esa mujer ni era loca, ni visionaria, ni estaba ilusa, ni pudo padecer alucinaciones. Luego esa gran maestra de la perfeccion cristiana, que enseñaba á sus hijas que todas las revelaciones del mundo no la asegurarian tanto de la voluntad de Dios como lo que el prelado la dijese, porque la obediencia tenía ella por expresa voluntad de Dios, y en las revelaciones podria engañarse, tampoco era voluntariosa, ni amiga de novedades, ni inquieta, ni andariega. Ni la que decia que habia sido siempre amiga de letras; que eran gran cosa las letras para dar en todo luz; que buenos letrados nunca la habian engañado, y que buscaba á las personas que mas dudas y dificultades podian poner en creerla, era hipócrita, ni preocupada, ni gazmoña, ni sabia fingir, ni tenia para qué, pues estaba segura de que su espíritu era de Dios. Digamos por tanto, y lo mas alto posible, que esa monja pobre y perseguida, de cuya virtud dudaron por mucho tiempo letrados y teólogos consumados, opuestos por punto general á personas que llevan extraordinarios caminos, pero que luego que la

trataron y probaron su espíritu dijeron que era de Dios, tuvo visiones, revelaciones, éxtasis, arrobamientos y ciencia infusa; y que al acometer y realizar la colosal empresa de reformar una orden antiquísima, ilustre y poderosa, sin ningún auxilio humano y sin fuerzas para ello en la débil condicion de una mujer, lo hizo visiblemente ayudada de Dios y por un designio particular de su providencia. Digamos, por fin, que, habiendo confirmado ese mismo juicio el jefe supremo del catolicismo, al canonizarla como fundadora y reformadora de la orden de Nuestra Señora del Cármen, y al decorarla con el pomposo título de Doctora mística de la Iglesia, y al asentir á eso mismo la cristiandad entera, admirándola hasta hoy los talentos mas distinguidos, los hombres mas sabios de todas las naciones y cultos; ni vino al mundo sin un fin particular y altísimo de la Providencia de Dios, ni vivió sino para cumplirle de la manera mas portentosa y sobrenatural, ni salió de él sino para recibir el galardón debido á los que, luchando merecen, y mereciendo triunfan, y triunfando son eternamente coronados. Y repitamos, por última vez, Serenísimo Señor, que *la existencia de Santa Teresa de Jesus en el siglo xvi y en la nacion española es un testimonio elocuente y una demostracion palpable de la existencia de los fenómenos sobrenaturales, no menos que de la verdad de la Iglesia católica.*

¡Ah! Los que habeis fundado esta ilustre congregacion que lleva su nombre, habeis realizado

un pensamiento feliz por lo español y por lo católico; y los que despues os habeis alistado en ella, contribuís á propagar ese mismo pensamiento, «que es el de pedir á Dios, por la intercesion de  
»la Santa, que conserve pura en nuestra España  
»la fe de nuestros padres, única esperanza de los  
»tiempos modernos atribulados.» Y pues en vida, gloriosa compatrona, os llamaron Teresa la *omnipotente*, y despues en el Cielo no se ha desmentido nunca ese honrosísimo dictado, pedid á Dios para que así sea. En los tiempos calamitosos que atravesamos podrán acaecer en esta nacion guerras, mudanzas, revoluciones; pero abrigo la esperanza de que en la patria de la Virgen del Pilar y de Santa Teresa de Jesus ha de conservarse siempre *pura* la fé de nuestros antepasados. Abrigo tambien un presentimiento, que quizá el Señor, allá en sus impenetrables designios, tiene predestinada á la España para que sea la nacion de Europa donde se ensaye y se vea *en qué grado y de qué manera* la civilizacion moderna puede ser compatible con la fé católica, como sucedió en el siglo xvi. Mas, suceda lo que Dios quiera, pidamos hoy, y pidamos siempre mediante la intercesion de tan poderosa Santa, por la salud de nuestros augustos reyes, para que ese SOBERANO SEÑOR SACRAMENTADO les franquee todos los auxilios de su gracia, todos los dones de su sabiduría, todos los tesoros de su misericordia. Pidámosla asimismo por toda la real familia, por vos tambien, Serenísimos Señores, que os habeis dignado honrar estos solemnes

cultos con vuestra asistencia , y por todos nosotros , para que , sirviendo como ella á Dios en esta vida , le veamos sin fin en la otra. Amen.











# MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

## BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

### SECCIÓN III

**Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa de Jesús.**

Número.....	870	Precio de la obra.....	Ptas. ....
Estante.....	6	Precio de adquisición. »	.....
Tabla.....	3	Valoración actual.....	» .....

8

870.